

Un amor en tres tiempos



Antonio Ventura

Un amor en tres tiempos

algaida



Primera edición: febrero, 2010

© Antonio Ventura, 2010

© Algaida Editores, 2010

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-390-3

Depósito legal: M-4.902-2010

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Haruki Murakami

*Mi agradecimiento a Michèle Petit y a Magali Guerrero
por su inestimable colaboración en la construcción
de los escenarios.*

*A Inma Vellosillo, por su atenta lectura y
sus pertinentes comentarios al original.*

*A Alejandra Navarro por su minucioso
trabajo de edición del texto.*

A Xabier P. Docampo por su lección de vida.

1979

Je suis devant ce paysage féminin
Como un enfant devant le fue
«L'Extase» *Derniers poèmes d'amour*

Estoy delante de este paisaje femenino
Como un niño frente al fuego
«El éxtasis» *Últimos poemas de amor*
PAUL ÉLUARD

1

SIEMPRE DEJABAS APOYADA LA BICICLETA EN LA CASETA del jardinero. Aquella bicicleta de color negro, con una cesta delante del manillar y los frenos de barra. Unas barras plateadas que transcurrían paralelas a los brazos del manillar y al eje que bajaba hasta el guardabarros que protegía la rueda delantera. Parecía una bicicleta china, y siempre estaba brillante, como recién limpiada, y en sus cromados se reflejaban el sol o la lluvia. O era yo el que lo veía así. Lo cierto es que desde que apareciste ya nada volvió a ser igual.

Emile pasaba todas las tardes por aquella acera, junto a sus compañeros de clase, después de la salida del colegio hasta la esquina de la avenida de Gobelins. Allí se separaba de ellos.

Emile vivía con sus padres y su hermana en la calle Censier, en una casa pequeña aunque luminosa. A Emile siempre le había gustado tener una habitación grande en la que poder desplegar su ejército de soldados de plástico, sin embargo tenía que confor-

marse con jugar en el pequeño espacio que quedaba entre el armario, la cama y la mesa, situada debajo de la ventana, en la que hacía los deberes todas las tardes, mientras duraba el curso. Cuando las clases terminaban, su madre, su hermana y él marchaban al pueblo de la abuela, la madre de su padre, y allí permanecían hasta que el nuevo curso les devolvía a la ciudad. Su padre, maquinista ferroviario, se unía a ellos las tres semanas que tenía vacaciones durante el mes de agosto.

Mientras sus compañeros seguían el camino hacía sus casas por el bulevar de Port-Royal, él se separaba del grupo y esperaba a que el semáforo se pusiera en verde, si es que no lo estaba ya, y cruzaba la calzada. Corría y, antes de subir un pie en la acera de enfrente, miraba por si alguno de sus compañeros le seguía con la vista y así, despedirse de él con un gesto de la mano. Si esto sucedía alguna vez, era un buen presagio para la aventura que en ese instante comenzaba. Aquella mirada que proyectaba sobre su grupo de amigos, volviendo la cabeza en el momento de llegar a la acera, era más por temor a que descubrieran su secreto, que por despedirse de ellos. Nada más posar el pie en aquel lado de la calle, ya no se encontraba simplemente al otro lado del bulevar por el que sus compañeros se alejaban camino de sus casas. No. En ese instante Emile ingresaba en un territorio lleno de peligros, en un espacio plagado de aventuras, que cada

día eran diferentes. Ni los árboles, ni los bancos de la calle, ni las señales de tráfico eran ya lo que eran, ni siquiera las rayas de las baldosas de la acera. Un árbol bien podía ser un gigante que le cerraba el paso, aquel señor que paseaba con su perro era el guardián del castillo en el que Emile tenía que entrar para liberar a la princesa secuestrada por el tirano que dominaba las tierras del valle. Si a pesar del cuidado que ponía en no pisar las intersecciones de las losas del suelo, esto sucedía, entonces, podía quedar ciego y tener que seguir caminando a tientas hasta alcanzar el lugar en el que se ocultaba algún objeto mágico que le devolviera la vista. Si cometía ese imperdonable error, Emile caminaba con los ojos cerrados, a tientas, con los brazos estirados hacia delante, aunque a veces, si escuchaba un ruido de pasos próximos, abría un poco uno de los ojos para evitar el encontronazo con los transeúntes, pues más de una vez se llevó la reprimenda de alguna señora que volvía a su casa cargada del mercado. Además, siempre cabía el riesgo de que fuera una vecina, y luego le contara a su madre que su hijo andaba por ahí haciendo el tonto. Hasta que no alcanzaba la calle en la que se extendían los puestos de frutas, verduras y quesos no se sentía a salvo de los peligros. Aquel ya era un territorio amigo.

Emile tenía once años y estudiaba sexto en el colegio Raymond Queneau. Su hermana, Claire, a la que adoraba, asistía ya a las clases del liceo Henri IV,

pues era cuatro años mayor que él. Lo que más le gustaba de Claire era la paciencia que tenía con él, sobre todo cuando le explicaba los problemas de matemáticas que no le había dado tiempo a terminar en clase, pues no sabía qué regla aplicar en más de una ocasión. Cuando alguna vez él tuvo que hacer lo mismo con su prima Julie, sentía que era incapaz de volver a explicar algo que la pequeña no hubiera entendido a la primera. Por eso sentía que Claire lo quería, casi tanto como su madre, y muchas veces le decía que si quería le cambiaba la habitación. La de su hermana daba a un patio interior y no tenía tanta luz como la suya, que junto con el salón eran las únicas que daban a la calle. Emile sabía que su hermana prefería su cuarto, pues muchas veces, cuando llegaba a casa, entraba en él, y miraba por la ventana, incluso a veces abría los cristales y se quedaba un rato asomada observando la calle. Con el paso del tiempo descubrió que existía una razón, aunque tardó en saber cuál era, por la que Claire, casi siempre, cuando llegaba a casa por la tarde se asomaba a la ventana de su habitación. Sucedió un día en que, guiado por su gratitud, después de que ella le ayudara a resolver unos problemas de geometría, le propuso, delante de su madre, intercambiar las habitaciones, por lo mucho que le gustaba asomarse a mirar la calle cuando volvía de clase. Ante la cara de incomodidad de esta y la mirada de enfado de Claire, sintió, sin saber muy bien cuál

era la razón, que algo se ocultaba en aquella práctica, y que era mejor no volver a hablar del tema.

La madre de Emile, Thérèse, era una mujer alegre, que repartía su tiempo entre los quehaceres de la casa y un trabajo, por horas, de confección para unos grandes almacenes de ropa. Aquellos ingresos extras suponían un pequeño desahogo para la modesta economía familiar.

El territorio que Emile consideraba ya seguro, en el que no cabían sorpresas y al que no todas las tardes era fácil llegar, se extendía por las calles Bazeilles y Mouffetard, próximas al pequeño parque que se encontraba delante de su casa, y en las que los puestos del mercado, a esas horas de la tarde, todos los días laborables, ocupaban el exterior de las aceras y parte de la calzada.

Más allá de qué aventuras le hubieran sucedido aquel día en ese recorrido mágico por él inventado, en este nuevo territorio presidido por los puestos del mercado, en el que ya se consideraba a salvo de riesgos, comenzaba otra peripecia no menos apasionante. En el instante en el que llegaba al primer puesto de fruta, su atención se fijaba en el color y en el tamaño de las manzanas que se encontraban expuestas en el mostrador inclinado de madera, sobre el que se alineaban las cajas con sus cartones llenos de huecos redondos, y en cada uno de ellos, una manzana distinta a todas las demás.

Emile se detenía delante de aquella exposición frutal. Observaba con atención el color, el brillo, la forma y el tamaño de aquellas manzanas. No podía arriesgarse a elegir una al azar, no todas tenían los mismos poderes, incluso alguna podía contener un sortilegio o un veneno. Y si además, de la aventura precedente había salido lesionado, tenía que reparar con los poderes mágicos de la manzana la dolencia que todavía le aquejase. Si había salido indemne, debía de encontrar alguna que le dotase de un poder especial para enfrentar los peligros del día siguiente. Por ello, todas las tardes, la elección de la manzana se convertía en una ceremonia, que muchas veces observaba con mirada sonriente Marguerite, la frutera. Siempre la más redonda, a veces la más roja o la más verde, ni muy grande ni muy pequeña; las mejores eran de tamaño intermedio, y, por supuesto, muy brillantes; esa era la señal inconfundible de que se trataba de una manzana mágica.

Durante su minuciosa observación, Emile apretaba en su mano derecha, metida en el bolsillo del pantalón, una moneda, el objeto de trueque que utilizaría con esa mujer, que ya le resultaba familiar, en aquel mercadillo que se extendía entre las casas que rodeaban el castillo en el que algún día entraría para ser investido caballero.

El primer mordisco de la manzana, si la elección había sido acertada, supondría la desaparición de to-

dos los males que pudiera arrastrar de su reciente imaginada aventura. De no haberlos, acumularía para el día siguiente un poder mágico, que utilizaría contra alguno de los monstruos que le asaltasen en su próxima aventura.

Caminaba con paso lento entre los puestos de frutas, de verduras y de quesos; los alimentos más frecuentes en aquel mercado de calle. Observaba los rostros de los vendedores, en busca de algún enemigo infiltrado entre los suyos, y se alejaba del mercadillo, un poco antes de que este concluyera, hacia el pequeño parque que se encontraba a espaldas de la iglesia de Saint Médard, aquella vieja iglesia a la que algunas veces había acudido el señor del castillo al funeral de algún caballero muerto en batalla. En aquel parque, justo delante de su casa, era donde sabría si la manzana tenía poderes especiales o no, pues hasta que no llegaba a él, la manzana permanecía en el mismo bolsillo en el que antes llevaba la moneda. Abría la pequeña puerta de metal que permitía el acceso al interior del recinto, y se sentaba en el banco que se encontraba junto a la caseta en la que el jardinero guardaba sus útiles, y desde el que podía ver el balcón y la ventana de su casa.

Todos los días de clase, siempre el mismo itinerario, siempre una aventura diferente, siempre una manzana al final de todos los peligros, y después, el descanso del guerrero sentado en aquel banco con la

manzana —no una manzana cualquiera— en la mano, mirando a ver si su madre o su hermana, si había vuelto ya de clase, se asomaban al balcón o a la ventana. Solo los días de lluvia cambiaba el banco por la escalinata de piedra que ascendía hasta las puertas de los Juzgados, cuyos últimos escalones quedaban bajo el ancho alero que presidía la fachada del edificio. Emile sabía que a su madre no le gustaba que se sentase allí, y menos los días de lluvia, pero él prefería la reprimenda que le pudiera esperar al llegar a casa, si ella se enteraba, que prescindir de esa ceremonia diaria, para él casi tan importante como el beso que le daba su madre al irse a la cama, o las veces que su padre le llevaba con él a ver las máquinas que estaban en reparación, y le dejaba subir a la plataforma, incluso tocar las palancas que accionaban los mecanismos de la locomotora, o los cuentos y las historias que le contaba su abuelo.

Cuando terminaba de comerse la manzana, cogía su mochila, que había dejado junto a él en el banco, casi siempre vacío a esas horas de la tarde, salía del parque, cruzaba la estrecha calle, ya sin tener que estar pendiente de los enemigos que pudieran acecharle; la inmunidad de haber comido aquel día una manzana maravillosa, le ponía a salvaguarda de cualquiera de ellos. Llamaba al timbre de la calle, al tiempo que pronunciaba las palabras mágicas para que se abriera la puerta de aquel palacio, y subía corriendo la esca-

lera de dos en dos, daba un beso a su madre que lo esperaba en el rellano y corría derecho a su habitación a terminar los deberes, que casi todos los días traía de la escuela, pues nunca conseguía acabarlos antes de salir, mientras escuchaba a sus espaldas la voz de su madre diciéndole que antes de nada se lavara las manos. Y una vez terminados, poder jugar una partida de damas con su madre, o con su hermana si estaba en casa, o leer un cuento de dragones y guerreros, antes del baño y la cena.

Todas las tardes del curso —los días de verano eran un paraíso diferente— una aventura le esperaba a la salida del colegio, una aventura siempre apasionante; tan importante como ir alguno de los días del fin de semana con su amigo Daniel, acompañados por su madre o la de él, al Jardin des Plantes o al de Luxembourg, o mejor aún hasta la Catedral.

Todas las tardes.

Hasta que apareció aquella bicicleta negra apoyada en la caseta del jardinero.